

SI SE CALLA EL CANTOR.....

La lentitud de la Luz

Julia Otxoa

Ediciones Cálamo, Palencia, 2008

Reseña Publicada en la Revista Letra Internacional N° 101, Enero, Madrid, 2009

¿Para qué la poesía si no es para habitar poéticamente el mundo, como quería Holderlin? ¿Para qué, si no para salvarse de las omnímodas garras de la realidad más dañina y más falsa, de la estupidez de vivir al viento que más sopla, o lo que es lo mismo, con los sueños tasados, el corazón cegado a la ternura y la cabeza vacía? La verdadera poesía, en su fragilidad, en su desvelo, siempre se impone al fragor de los lenguajes sociales. Como esta de Julia Otxoa, hecha de tan pocas palabras y tan hermosas imágenes y, sin embargo, capaz de perseverar en el fragor de los lenguajes violentos y los silencios ominosos.

La pureza, la pasión desnuda de la Poesía está en cada libro de Julia Otxoa, en cada poema que multiplica en los cuadernos que prodiga en humildes y cortas, aunque siempre bellas, tiradas (por recordar algunas: *Centauro*, Torremozas, 1989; *La nieve en los manzanos*, Miguel Gómez Ediciones, 2000; *Gunten Café*, Puerta del Mar, 2004, *El pájaro de la alegría*, Colección Poesía de Paper, Universidad de Palma de Mallorca, 2007...) y que ahora en *Lentitud de la luz* (Cálamo, Palencia, 2008) pretende ser una antología más completa y más elocuente, si cabe.

Parafraseando el inolvidable poema de Paul Celan "Sprich auch du", Julia Otxoa (San Sebastián, 1953) escribe su palabra dándole sentido, pleno sentido desde la hondura del ser, y, manteniéndola en esa sombra del enigma y de la humanidad que se abandona a la verdad que late en el misterio, en la siempre parcial manifestación que a un hombre le es dada. Porque los poetas -dice ella misma- son personas cuyo corazón arde más que el de los demás, se apremia para manifestar el tesoro de la palabra, y no en vano, antes al contrario, como amparo, como necesidad, como faro. Una palabra libre y misericordiosa que habla al tú, al otro, abriéndose desde la parcela de la intimidad y sabiéndose inserta en la memoria del mundo, sabedora de la sagrada misión del poeta en el laberinto de la realidad de su tiempo, en el canto coral de la vida.

Es por eso una poesía que descuaja, que purifica al que la lee, que salva e ilumina y que nace bien amasada en el tiempo que le ha tocado en suerte, y en el espacio donde ve y escucha y siente y vive. En un territorio donde la herida está abierta, permanente, y el monstruo no cesa

de rugir y engullir sangre. Donde una idea abstracta es el Moloch. Como el profeta, busca el lenguaje revelador. Y lo ha encontrado:

*“Nombrar la realidad política de mi país
con un lenguaje alejado de la costumbre, por ejemplo,
a través del lenguaje especializado de los forenses. “*

Y porque la sombra de la sangre derramada es siempre imborrable y única, esta poeta compromete su palabra, lo mejor de su ser, para que no se borre de nuestro miedo y nuestro asco ese tiempo despiadado. Su poesía es así un soplo de ternura en el aquelarre de la crueldad:

*“No será desde luego
hundiendo el tenedor en el corazón de las golondrinas
como nos alimentaremos de libertad.”*

Palabra insobornable, sagrada, allí donde ha desaparecido el sentido de lo sagrado. Palabra que habla una y otra vez de miedo, frío, silencio, fantasmas, sombra..., y que hace de la nieve una metáfora heladora de la muerte. *La nieve en los manzanos* habla de la inocencia pisoteada, de la memoria de las víctimas sacrificadas, cuya ausencia se hace insoportable. Los manzanos hablan de una naturaleza sin tributos, primigenia, pura, conciliadora, festiva..., y, sin embargo, sepultada por la dominación de las abstracciones, de ideas aniquiladoras.

“En todas las ciudades me siento extranjera, en la Naturaleza nunca.”

Al levantar acta de la barbarie, que de eso son parábolas sus poemas, está hablando de la destrucción de una Cultura definitivamente arruinada. Se oye en estos poemas "*cantar a los abuelos*": el eco de la vida en la naturaleza y la costumbre, de un paisano fuertemente arraigado en sus montes y valles, custodio y fecundador de lo auténtico con sus cultivos y ganados, que en su pureza antropológica ha sido bastardeado y arrasada su historia en nombre del vacío.

Esta poesía, que no se resigna al silencio, ni al olvido, ni al vacío, ha hecho de lo distinto su bandera, y de la niebla y la extranjería, de la interrogación y la misericordia, de la inquietud y los enigmas. Es la palabra que no se rinde, la que se niega a callar porque es su esencia ser revelación, testimonio y ofrenda. Como la niña que entona su canción en el país sin música.

Como la desvelada que, lejos del templo de las proclamas, susurra su oración en la desnudez del paisaje, junto a los árboles.

Como la de Paul Celan, se me ocurre, la poesía de Julia Otxoa quedará para que el horror no sea olvidado, y no triunfe. Para que la muerte no humille a la vida y no se haga insoportable "sobre las cenizas de las víctimas". Queda, esta poesía, como otra manera de enfrentarse a la arbitrariedad de la existencia, al enigma de la sinrazón humana, Otra manera de contribuir a un futuro más respirable y libre. De quien prefiere ver la semilla germinar al hacha destruir, y el color verde al color rojo .No es, por eso, para olvidar su poema "El tiempo de las plantaciones":

*“En invierno,
al llegar el tiempo de las plantaciones,
me gusta contemplar
ese desfile de jardineros desarmados
cruzando la ciudad.*

*llevando sobre sus hombros ,
en lugar de fusiles ,
árboles dormidos.*

*Esa imagen es para mí
tan hermosa,
que vence toda la sinrazón
de la barbarie en la que estamos,*

*algo así,
como asistir a la poderosa fragilidad.
de las raíces de la menta
levantando las piedras”*

César Augusto Ayuso